

Santa Gertrudis de Helfta

Presentación general



1. Datos Biográficos

Santa Gertrudis la Grande, monja germana del monasterio benedictino de Helfta, nació el 6 de enero de 1256 y murió entre los años 1301-1302. Se desconoce casi todo acerca de su familia y del lugar de su nacimiento. Se conjetura que pudo haber sido huérfana, hija ilegítima o de condición pobre o servil. En todo caso, existía algún motivo por el cuál era conveniente ocultar su origen.

A la edad de 5 años fue confiada para su educación a las Hermanas grises del Monasterio de Helfta -en la región de Sajonia-, comunidad que vivía según la Regla de San Benito en su modalidad Cisterciense. En la escuela pupilar de Helfta recibió la educación clásica de su tiempo: el *Trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y el *Quadrivium* (matemática, aritmética, geometría y astronomía). Niña simpática, de temperamento vivo e inteligencia penetrante, aventajaba a todas sus compañeras en los estudios, destacaba por su elocuencia y con su encanto se atraía el afecto de todos.

Al terminar su educación, probablemente habría pedido la admisión al Noviciado. Profesaría, según la costumbre, a los 16 años de edad. Los años de su juventud en la vida religiosa, se caracterizaron por la tibieza y la rutina, tanto en sus deberes de monja como en la oración. Tenía otra pasión: el estudio de los clásicos, lo que en su tiempo se llamaba “las artes liberales”. En el monasterio era segunda cantora y trabajaba en la copia de manuscritos; participaba con la comunidad de las labores de la huerta y la costura. Destacaba por sus dotes naturales: inteligencia, memoria, sociabilidad, afabilidad y elocuencia. Ella dice de este período de su vida: “*Viví a mi antojo*” (L. II.20.1)

Pero el 27 de enero de 1281, a los 26 años recién cumplidos, recibe su primera gracia mística: tiene un encuentro con el Señor Jesús, que cambiará su vida. Se trata de una verdadera conversión, por la que comienza para ella una nueva etapa. A partir de allí, deja los estudios liberales, pasa a una vida interior intensa, a una observancia ferviente de la vida monástica y comienza a tener una vida mística continua.

Después vivir unos años su vida mística en secreto, el Señor revela a S. Matilde y a otras personas, las gracias que obra en Gertrudis, y su vida mística se hace conocida. Comienzan a acudir a ella, para pedir su consejo y su intercesión, personas de todas las clases, de dentro y de fuera del monasterio. Progresivamente se convierte en maestra de oración y de vida espiritual.

En 1289 recibe la orden del Señor de poner por escrito sus experiencias místicas. Luego de un período de luchas y resistencias, obedece el mandato divino y redacta el *Memorial de la Abundancia de la Divina Misericordia*, que posteriormente formará el Libro II de la obra de recopilación llamada *El Heraldo de la Divina Misericordia*, conocida también por su nombre en latín: *Legatus* (Heraldo).

Escribe además comentarios a las Escrituras y otras obras en latín y alemán, la mayoría de las cuáles se ha perdido; nos quedan solamente sus *Ejercicios Espirituales*: siete meditaciones afectivas, que forman un pequeño tratado de perfección, calificados por Benedicto XVI como rara joya de la literatura espiritual:

Las frecuentes enfermedades comienzan a privarla cada vez más de la vida regular y del Oficio divino, lo que la hace sufrir mucho. Durante su enfermedad Gertrudis narra a su biógrafa las visiones tenidas con ocasión de diversas fiestas, y las revelaciones que recibía sobre el destino de algunas almas particulares después de la muerte. Estas narraciones, recopiladas después de su muerte, constituyen los Libros III, IV y V del Heraldo. Muere a la edad de 45/47 años, entre 1301 y 1303. Después de su muerte, su nombre desapareció pronto, debido principalmente a la destrucción del Monasterio en 1342. Sus escritos fueron rescatados y publicados primero en alemán, en 1502, y luego en latín, en 1536, adquiriendo rápidamente fama y difusión en toda Europa y en Iberoamérica, y motivando continuas reediciones y traducciones.

2. El Monasterio de Helfta

El monasterio germano de Helfta ocupa en el siglo XIII un lugar destacado. Fue fundado en 1229 por los Condes de Mansfeld junto a su castillo, con 7 hermanas grises provenientes del monasterio de Halberstadt. En 1234, para alejarse del trajín cortesano del castillo, la pequeña comunidad de monjas se traslada al sur, a Rodersford, cerca de Halberstadt. En 1258 la escasez de agua motiva un nuevo traslado, instalándose definitivamente en Helfta, en las cercanías de Eisleben, (en la diócesis de Halberstadt, dependiente de la arquidiócesis de Magdeburgo), en una finca perteneciente a los Hackeborn.

Helfta era un monasterio autónomo, que seguía la Regla de San Benito, según la disciplina y la espiritualidad cistercienses. No pertenecía jurídicamente al Císter, sino que estaba bajo la jurisdicción del Obispo de Halberstadt. Este régimen era común en muchos monasterios femeninos de la época: el éxito del movimiento cisterciense hacía surgir numerosos monasterios femeninos que deseaban seguir la vida cisterciense, pero la Orden no estaba en condiciones de incorporarlos a todos y de asegurarles la cura de almas. Por eso, el Capítulo General de Císter de 1228, prohibió nuevas incorporaciones de casas femeninas, pero permitió que los monasterios que lo quisieran, pudieran adoptar sus instituciones. Helfta pertenece sin duda a este movimiento. Los dominicos de Halle, que ejercieron de capellanes de la Comunidad, tuvieron también una influencia sobre el Monasterio. Por otra parte, se nota en las costumbres de Helfta el particularismo propio del espíritu feudal de su tiempo.

3. Contexto histórico del siglo XIII

En el siglo XIII el Sacro Imperio Romano Germánico entraba en un período de decadencia. Durante la primera mitad del siglo, la hegemonía política y religiosa del Emperador Federico II Hohenstaufen, sufrió un paulatino debilitamiento. Este mantuvo una constante actitud de rebeldía ante Roma, al punto de ser excomulgado dos veces. El Concilio de Lyon en 1245 y la hábil política del Papa Inocencio IV, quebrantaron su poder¹.



¹ Ilustraciones: Emperador Federico II Hohenstaufen y el Águila imperial, emblema de los Hohenstaufen



Al sobrevenir el desarrollo de la vida urbana y el nacimiento de las nacionalidades, el concepto de un imperio romano-germánico basado en el feudalismo (caracterizado en el plano económico por el régimen señorial cerrado, y en el social por la división jerárquica de la sociedad), resultó obsoleto. Federico II es el último intento de crear una autoridad laica superior cimentada en la unidad territorial. La entrega sin condiciones de los emperadores de la dinastía Hohenstaufen a los intereses italianos, permite a los príncipes germanos marchar seguros hacia su independencia total².

A su muerte, en 1250, los Príncipes del Sacro Impero y la Iglesia, adquirieron mayor independencia. Alemania, en cambio vivió un largo período de anarquía (20 años), llamado el *gran interregno*, en el que no se pudo elegir ningún emperador. Este período se caracteriza por las luchas y querellas entre los señores feudales y las ciudades, defensores de su soberanía y reacios a toda unificación. Alemania se disgrega en un mosaico de principados y ligas urbanas. En 1273 se elige por fin un nuevo emperador, Rodolfo de Habsburgo (1273-92), nada poderoso y muy poco temido. Con él se inaugura la dinastía de los Habsburgo; comienzan a reinar emperadores cuya tímida actitud convive con el poder de los grandes señores.

Los primeros Habsburgo supieron interpretar las exigencias del pueblo alemán, renunciando al sueño italiano y al espejismo del imperio universal, y concentrando todas sus energías en el resurgimiento de Alemania, mediante la renovación de los estatutos de las ciudades y desarrollando la economía en el norte, al favorecer las empresas de la Liga Hanseática.

Los monasterios vinculados estrechamente, sea por su fundación, sea por lazos de parentesco, al orden feudal, como es el caso de Helfta, cuyas monjas procedían en su mayoría de familias nobles, reflejan esta situación, en el hecho de guardar celosamente su carácter local, asumiendo cada comunidad, usos y costumbres comunes, sin por ello formar una confederación.

A su vez las querellas entre señores vecinos daban lugar a toda suerte de vejaciones, en las que el Monasterio de Helfta tendrá su parte, viéndose expuesto muchas veces a los pasajes de las tropas. Sufre un pillaje en 1284 por los soldados de Gerard de Mansfeld, y –hacia 1295– aprovechando que la sede Episcopal se encontraba vacante, los canónigos de la Catedral de Halberstadt abusan, por cuestiones de interés (se trataba de unos reclamos de tipo económico, injustos, que las monjas rechazaron), de su poder espiritual, lanzando un intempestivo interdicto, por el cuál se clausuraban las puertas de la Iglesia, quedando suspendida la celebración Eucarística y la reserva del Sacramento y prohibida la celebración del Oficio Divino y la predicación de la Palabra de Dios. Las monjas supieron defenderse y soportar la prueba con heroico silencio y espíritu de fe. En esta ocasión Santa Gertrudis supo consolar y animar a las hermanas. Afortunadamente, con la elección en 1294 del nuevo obispo, Hermann de Blankenberg cesó la injusta discriminación. Este tipo de incidentes se reflejan en los relatos de Gertrudis.

En 1342, 40 años después de la muerte de Gertrudis, las tropas del Conde Alberto de Bruswick, invaden el Condado de Mansfeld, saquean y queman el monasterio, perdiéndose gran parte de la biblioteca. En 1346 la Comunidad se traslada a las afueras de Eisleben bajo el nombre de Novum Helfta. Allí sobrevivirá hasta 1525, cuando sufre un nuevo pillaje por parte de los luteranos, extinguiéndose definitivamente en 1546. En 1999 ha sido refundada por monjas de la Orden Cisterciense, en el lugar de su primitivo emplazamiento en Helfta. El emplazamiento de Novum Helfta a las afueras de Eisleben hoy es la parroquia Santa Gertrudis.

² Ilustración: Imperio romano germánico bajo el emperador Federico II Hohenstaufen

4. El ambiente en el Monasterio de Helfta

El clima de la comunidad de Helfta, en este período, se caracteriza por una elevada cultura y una exquisita sensibilidad, que logra unir en armónica sintonía los elementos más característicos del alto medioevo cristiano, hasta forjar una espiritualidad que, desde el corazón humano de Cristo, se eleva hacia el corazón de la Trinidad.

Esto se debe principalmente a la promoción cultural y espiritual propiciada por la Abadesa *Gertrudis de Hackeborn* (1220-1291), mujer de gran cultura y altas miras, que promovió los estudios para las monjas, el trabajo de traducción y copia en el Scriptorium y la educación de las niñas. Ella será la responsable del traslado de la comunidad a Helfta.

En 1248, a la edad de siete años, entra en Rodersford, su hermana de sangre *Mectildis de Hackeborn* (1241-1299). Desde su juventud Mectildis comenzará a recibir gracias místicas, las que nutrirá con el sólido alimento del estudio de la Escritura y de los Padres, junto con una intensa vida litúrgica.

En el Monasterio, *Mectildis de Hackeborn* es la encargada de la formación de las jóvenes y será por largos años “primera cantora”. Justamente como *cantrix* la presenta Dante en la Divina Comedia, guiándolo en su entrada-conversión al Paraíso terrestre. En el 1261 recibe para su educación a una niña de cinco años llamada Gertrudis, de la cuál se desconoce su origen o apellido. Esta niña, que se formará bajo su cuidado, llegará a ser *Gertrudis la Grande* (1256-1301/2); entre ambas, maestra y discípula, pronto se establecen sólidos vínculos de afecto, llegando a ser confidentes en el camino de la santidad, que de ahora en más comparten.

Mectildis ocultó durante largos años su vida mística, las revelaciones que iluminaban su alma con el amor de su esposo divino. Ya en su lecho de enferma y por orden de Sofía de Querfurt, su nueva Abadesa, confió su secreto. La abadesa le encarga justamente a nuestra Gertrudis transcribir el relato de las visiones de Mectildis; de allí nacerá el “*Liber specialis gratiae*” o *Libro de la Gracia Especial*, donde Mectildis describe las revelaciones recibidas y las gracias que habitan en su corazón, enseñando cómo ha de ser el culto debido a Dios y la práctica de las virtudes. Después de una larga enfermedad, Santa Mectildis, muere el 19 de noviembre de 1299.

En 1270 entra también en Helfta, *Mectildis de Magdeburgo* (1207-1282/94), mujer ya madura, que, después de haber vivido treinta años como consagrada laica (beguina), debió ingresar al monasterio por consejo de su confesor y confidente, el dominico Enrique de Halle. Mectildis de Magdeburgo era ya una mística al entrar en Helfta, y es una de las primeras representantes de la “Mística de la esencia” que florecerá en Alemania en los siglos XIII y XIV. Su libro “*La Luz que fluye de la Divinidad*” es un diálogo entre el alma y su divino Esposo, donde narra sus propias experiencias místicas. Habiéndolo iniciado antes de entrar en Helfta, Mectildis lo concluyó en el Monasterio y fue rápidamente difundido por los dominicos, sobre todo en Italia.

En síntesis, en este período privilegiado de la historia del monasterio de Helfta, en la segunda mitad del siglo XIII, conviven tres místicas de talla, bajo la guía de una abadesa de grandes miras y corazón magnánimo, que promueve una vida espiritual, intelectual y litúrgica intensa en la comunidad, contribuyendo así a crear un clima de esmerada cultura y delicada sensibilidad.

5. Las místicas de Helfta en la historia de la espiritualidad

Santa Mectildis y Santa Gertrudis la Grande, principalmente, ocupan un lugar de suma importancia en la historia de la espiritualidad. La obra de Mectildis se entiende que ha sido redactada por Gertrudis; por lo tanto, cuando se habla de Mectildis se implica a Santa Gertrudis. Con ellas la devoción al Sagrado Corazón, que se estaba gestando, es dada a luz en un marco litúrgico, como expresión del cristocentrismo inherente a toda espiritualidad monástica. La

contemplación de la humanidad de Cristo se dilata en una dialéctica cristológico-trinitaria, a la que nuestras Santas le dan un fuerte carácter esponsal.

Las monjas de Helfta continúan la doctrina paulina según la cuál no hay otro acceso a la vida divina sino la incorporación al misterio de Cristo. La unión con el Señor por una vida de gracia, no es otra cosa que un diálogo amoroso y continuo de cada fiel con las Personas de la Santa Trinidad, por medio de Cristo: “Por Cristo, con El, y en El”, como dice la Liturgia. A través de un lenguaje esponsal que se expresa con fuerza y pureza, ellas subrayan el carácter litúrgico y sacramental de la vida espiritual vivida en un clima hondamente eclesial.

6. Fuentes

Su doctrina es eminentemente tradicional, aunque reelaborada en un estilo propio y original. Sobre todo San Bernardo y Guillermo de Saint-Thierry, son los que inspiran la mística de Helfta. A través de ellos, el “*affectus cordis*” que San Anselmo (1033-1109) incorpora a la experiencia espiritual, caracterizará la vivencia de Mectildis y Gertrudis.

Cuando ellas hablan de “*instrospección*”, no se trata de una vía psicológica, como en la *Devotio moderna*, sino más bien de una experiencia afectiva. Al “*intrare ad cor*” de San Bernardo, corresponde el “*interiora cordis mei*” de Gertrudis, como interiorización del afecto atento a la realidad de la presencia divina en el alma. Esta doctrina, que les llega a través de San Bernardo y del Abad de Saint Thierry, empalma con los Padres griegos y con San Agustín.

También reciben la influencia de los dominicos y franciscanos de su tiempo, por ejemplo, de San Alberto Magno. Los dominicos en el siglo XIII introducen la devoción a la Pasión del Señor en la celebración litúrgica. Mectildis y Gertrudis la reciben con regocijo, pero la despojan de su carácter trágico, transformándola en motivo de alabanza, en el centro de toda celebración que canta la Gloria de Dios. No es ya al corazón sangrante y sufriente de Cristo, al que se llega por la herida de su pecho, sino a su corazón glorioso, pues el Señor, que fue inmolado, está ahora vivo, de pie junto al Padre.

7. Mensaje

El mensaje permanente de Santa Mectildis y Santa Gertrudis, su mensaje para nosotros que vivimos en un mundo que día a día se aleja más de su centro, consiste en poner en el “centro” de la vida de los hombres, la fuente diáfana e inagotable del Amor de Dios, su Amor redentor y Trino.

Aunque en un lenguaje difícil, para nosotros quizás recargado, las santas de Helfta nos recuerdan que lo único necesario, lo único amable, se nos ofrece en la sangre y el agua del corazón del Hombre Dios, hecho abyección por nuestros pecados y resucitado por su amor.

Hay una única liturgia que la Iglesia peregrina celebra en la fe, y la Iglesia gloriosa celebra en la luz de la Ciudad sin templo. Ambas se dirigen al corazón amante de la Santa Trinidad. Para Gertrudis y Mectildis la Eucaristía es el lugar donde se consuma la unión mística que prefigura y pregunta la comunión definitiva, las Bodas del Cordero con su Esposa la Iglesia.

Ana Laura Forastieri oco
Monasterio de la Madre de Cristo